

Agradezco la oportunidad que se me ofrece de poder dirigirme a mis paisanos para hablarles de un tema de la importancia del bloqueo de Cádiz, sin duda la más brillante página de la historia de nuestro pueblo. Y si hoy trataremos sobre el sitio impuesto a las islas gaditanas, habrá ocasión en los próximos meses de refrescar la memoria, durante las celebraciones del Bicentenario, con otros de los muchos e importantes sucesos que acontecieron en nuestra tierra allá por los principios del siglo XIX.

Asimismo, debo advertir que, hace sólo unas semanas un ilustre isleño pronunció, con motivo de su ingreso en esta Real Institución—sin embargo de haberlo sido por el capítulo de Ciencias—, una interesantísima conferencia de Historia sobre la marina en la Guerra de la Independencia. Todos estos sucesos están íntimamente unidos y ligados entre sí, por lo que será inevitable —e incluso aconsejable, diría yo— que nos introduzcamos, aunque sea tímidamente, en cada una de las otras visiones históricas.

También, aunque estoy seguro que la Academia deja este otro aspecto para ocasión más oportuna, nos referiremos a las Cortes que se instalaron en la Isla de León y a la Constitución que se promulgó en Cádiz. Ambos acontecimientos, la guerra y la revolución liberal, marcharon unidos, ofreciendo la crónica más apasionante de nuestro pasado y uno de los más importantes capítulos de la Historia nacional.

Por otra parte, la Isla, los isleños, se volcaron en pro de su patria, del gobierno y de las autoridades legítimas; lo mismo hizo en favor de la marina, del ejército y de todos los cuerpos de voluntarios con el fin de ganar una guerra de injusta invasión y de cruel opresión. La vida cotidiana de nuestros compatriotas de antaño se vio alterada y sujeta a las necesidades bélicas y a las políticas. También habrá ocasión más oportuna para hablar de estos asuntos.

Quiero, por otra parte, hacer notar a la distinguida audiencia, que al referirnos a Cádiz nos estamos refiriendo a las islas gaditanas de las que ya he hecho referencia con anterioridad. Tradicionalmente, casi todos los historiadores han hablado sobre el bloqueo a Cádiz, el sitio de Cádiz e, incluso, como sabemos, las Cortes de Cádiz.

Aunque este último término puede tener tratamiento especial, sobre los otros hemos sido arrastrados desde siempre por la inercia heredada de nuestros antecesores. Pero Cádiz y la Isla constituyeron un todo, como el mar y la arena que forman la playa, y ambas poblaciones defendieron la patria y me dieron pie para que yo hoy pueda justificar el título de esta conferencia.

El bloqueo a Cádiz no se entendería aisladamente, sino como un eslabón más de la situación social, de las inquietudes ilustradas, de la política nacional y de las ambiciones del emperador francés. Así que vamos a repasar, muy someramente para no cansarles, algunos de los más importantes acontecimientos que desembocaron finalmente en el fracaso de Napoleón y en las actuaciones heroicas de las que hoy podemos sentirnos legítimamente orgullosos.

Entre octubre y noviembre de 1807 se produce la llamada causa del Escorial en la que el Príncipe de Asturias es acusado ante los reyes de mantener correspondencia con el canónigo Escóiquiz en la que presuntamente atentaba contra la integridad de los propios reyes y del valido Godoy.



Mariscal Junot



General Dupont

A finales de 1807 el mariscal Junot y el general Dupont entran en la Península

A finales de ese año, el mariscal Junot entra en Portugal lo que obliga a la familia real portuguesa a huir a Brasil. Por su parte el general Dupont lo hace en España estableciendo su cuartel general en Valladolid.

En marzo de 1808 se producen los vergonzosos sucesos de Aranjuez, levantamiento del pueblo de Madrid contra sus mandatarios, exoneración, caída y prisión de Godoy y abdicación de Carlos IV en su hijo que se convierte así en el 7º de los monarcas con el nombre de Fernando.



El motín de Aranjuez motivó la caída de Godoy y la abdicación de Carlos IV

Debemos recordar lo que decía el general barón de Thiébault sobre España y los españoles, que era, en definitiva, lo que se percibía allende los Pirineos: “Era tan grande el descontento contra lo existente que los más pensaban que lo que viniera, por malo que fuese, nunca sería peor que lo que ya tenían. En las consideraciones que nos guardaban había tanta admiración hacia nosotros como censura para su gobierno”

Por su parte, Murat, adelantado del Emperador en España, manda al Consejo publicar que el sistema político de Fernando continuaría estrechando los vínculos de amistad y alianza con Francia y recomienda al pueblo español acoger amistosamente al ejército francés.

El emperador, sabedor de los sucesos de Aranjuez y de la abdicación de Carlos IV, ofrece el trono de España a su hermano Luis, siendo rechazado por éste.

Napoleón expresa sus temores a su cuñado Joaquín Murat sobre cuánto se habían complicado los negocios de España con los acontecimientos de Aranjuez y lo equivocado y precipitado de los informes remitidos.



Napoleón se lamentó de lo equivocado de los informes sobre Aranjuez

En abril pasan los reyes padres a El Escorial mientras llega a Madrid el general Savary con el encargo de llevar a Bayona al rey Fernando. Antes de su salida nombra éste una Junta Suprema que debía presidir su tío el infante D. Antonio.

El día 20 llega Fernando a Bayona y es intimado por Napoleón a renunciar al trono de España. Al mismo tiempo, en Madrid, el pueblo se inquieta por la puesta en libertad de Godoy.

El día 25 de abril parten los reyes padres hacia Bayona, no sin dejar una misiva a su hermano, el infante D. Antonio, reclamando la corona al haber abdicado a ella forzado por los acontecimientos.

El día 30 llega Carlos IV a Bayona. Fernando comparece ante sus padres en presencia de Napoleón y de Godoy, intimando el rey padre a que el hijo le devolviese la corona.

A finales de abril se crea una nueva Junta que debía sustituir a la anterior. Fue nombrado presidente el conde de Ezpeleta, Capitán General de Cataluña, formando parte de la Junta, entre otros, D. Gregorio de la Cuesta, D. Antonio Escaño, D. Melchor Gaspar de Jovellanos, D. Felipe Gil Taboada y D. Damián de la Santa. Debían reunirse en Zaragoza el 2 de mayo, malográndose el intento por los sucesos ocurridos en Madrid ese mismo día.

El 2 de mayo se levanta heroicamente el pueblo de Madrid. Se produce una dura represión de los franceses y, al día siguiente, los fusilamientos de la montaña del Príncipe Pío o de la Moncloa.



Pelea callejera en las calles de Madrid el 2 de mayo de 1808

Ante la falta real de poder efectivo, fueron dos simples alcaldes, D. Andrés Torrejón y D. Simón Hernández, que lo eran de Móstoles, quienes lanzan varias proclamas, siendo consideradas por la generalidad de la historiografía como la declaración de guerra al emperador de la Francia. Resumida, decía así: “La Patria está

en peligro. Madrid parece víctima de la perfidia francesa. ¡Españoles, acudid a salvarla! Móstoles, 2 de mayo de 1808.

El 4, Carlos IV nombra por decreto lugarteniente general del reino a Murat, duque de Berg, ratificando así la autodeterminación del propio Murat de constituirse en presidente de la Junta.

El día 5 se reciben en Bayona noticias de los sucesos de Madrid, imputándose mutuamente, padre e hijo, la responsabilidad de la tragedia. Carlos IV, sin esperar la renuncia de su hijo, firma con Napoleón un tratado por el que cede la corona al propio Napoleón, sin otras condiciones que la integridad de la monarquía y la conservación de la religión católica.

Por su parte, Fernando dirige un decreto a la Junta Suprema, autorizándola en su representación, a ejercer todas las funciones de la monarquía y a trasladarse de ubicación según conviniera. Al mismo tiempo dirige al Consejo y a todas las chancillerías y audiencias libres del influjo extranjero, una misiva ordenando la convocación de Cortes y la procuración de arbitrios y subsidios para la defensa del reino.

Sólo al día siguiente, el 6, Fernando abdica en su padre y revoca los poderes otorgados a la Junta Suprema ordenando a la misma acatar el mandato de su padre, el rey Carlos IV.

El día 10, por un tratado firmado en Bayona entre Napoleón y Fernando, éste renuncia a sus derechos como príncipe de Asturias, actuando como plenipotenciarios el mariscal Duroc y el canónigo D. Juan Escóiquiz.

Ese mismo día, Carlos IV, la reina, el infante D. Francisco y D. Manuel Godoy salen para Fontainebleau y de allí a Compiègne, señalándoseles el palacio de Valencey como residencia.

Al día siguiente es Fernando y los infantes D. Antonio y D. Carlos quienes salen de Bayona con idéntico destino que los anteriores.

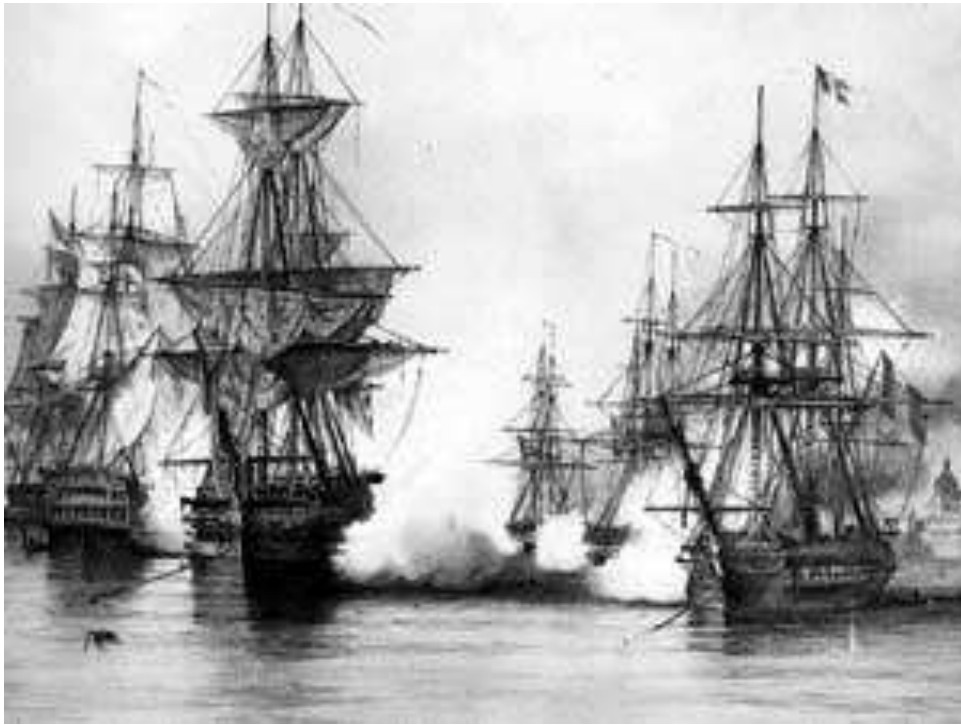
A partir de aquí se van levantando todos los pueblos de España al tiempo que se crean juntas regionales, provinciales y hasta locales: Granada, Cartagena, Valencia, Aragón, Asturias, Santander, Sevilla, Jaén, Córdoba, Baleares, Extremadura, Cataluña, etc.

El 28, la Junta de Sevilla solicita la adhesión de Cádiz. El general Solano, tras expresar algunas dudas sobre la efectividad de la medida, decide formar alistamiento para auxiliar a Sevilla. El pueblo gaditano muestra con algazara la decisión y pide declarar la guerra a Francia e intimar a la escuadra francesa fondeada en Cádiz, a la rendición.

Al día siguiente, 29, se anuncia al pueblo de Cádiz desde la plaza de San Antonio que, tras una junta de oficiales de marina, se había decidido no atacar a la escuadra francesa por el riesgo que había de destruir simultáneamente a la española interpolada con la franca.

Tras este anuncio se forma un alboroto popular instigado, al parecer, por algunos elementos subversivos, en el que es perseguido, linchado y muerto el general Solano. Gracias a la intervención del científico y magistral de la catedral de Cádiz, el chiclanero D. Antonio Cabrera, no fue ultrajado el cuerpo ya sin vida del insigne militar. Le sustituyó en el cargo de Capitán General el gobernador de Cádiz, general D. Tomás de Morla.

En el mes de junio, mientras los franceses van penetrando poco a poco en todas direcciones por la Península no sin causar pérfidos estragos, como el terrible saqueo de Córdoba, el ejército imperial sufre su primera derrota en aguas gaditanas con la capitulación del almirante Rosily, jefe de la escuadra francesa surta en la Bahía, ante las autoridades de la marina española, los jefes de escuadra D. Juan Joaquín Moreno y D. Juan Ruiz de Apodaca. Este tema ha sido bien estudiado por varios amigos y amigas, admirados y admirables investigadores de la historia de nuestra Isla.



Los franceses sufren su primera derrota en aguas gaditanas con la capitulación del almirante Rosilly

En los primeros días de julio, José Bonaparte, que había sido favorecido con la renuncia de Napoleón a la corona española, nombra nuevo gobierno: D. Mariano Luis de Urquijo en la secretaría de Estado; D. Pedro Ceballos en la de Negocios Extranjeros; D. Pedro Piñuela y D. Gonzalo O’Farril se mantuvieron como ministros de Gracia y Justicia y Guerra respectivamente; D. Miguel José de Azanza en la secretaría de Indias; D. José Mazarredo en la de Marina y el conde de Cabarrús en la de Hacienda.

El día 7, en Bayona, José y el gobierno juran la constitución ante el arzobispo de Burgos. Acto seguido, la junta pasa a cumplimentar a Napoleón en el palacio de Marrac.

El día 19, un ejército mal pertrechado, vence en Bailén a las tropas imperiales mandadas por el prestigioso general Dupont, que perdió en los campos jiennenses no sólo el pretendido y ansiado bastón de mariscal sino la imbatibilidad para los ejércitos napoleónicos.

Bailén fue muy importante por la lección que se le dio a Europa demostrando que al todopoderoso emperador se le podía vencer. También lo fue para España,

levantando la moral de los ejércitos, de los políticos, de la gente, pero no tanto como para considerar la victoria bailenense como pilar primero y fundamental en la creación moderna de la Nación española como ha dicho recientemente un renombrado profesor e historiador español. Luego me referiré más extensamente a esta cuestión.



Napoleón monta en cólera al enterarse de la derrota de Bailén

El 25 –continúo–, sin embargo, es proclamado José rey de España con el nombre de José Napoleón I. Las autoridades comienzan a prestar juramento de fidelidad.

A primeros de noviembre, determina Napoleón venir a España, pasando el Bidasoa el 8 de este mes. Pone orden en sus ejércitos, promete perdones y amnistías, dicta decretos y a primeros de diciembre entra en Madrid, firmando la capitulación y poniéndose a su servicio, sorprendentemente, el jerezano general Morla, el mismo que sucedió al general Solano en Cádiz.

Desde los últimos meses de 1808 y el año 1809, se suceden una tras otras las batallas que, salvo honrosas excepciones, como la de Alcañiz, Talavera o Tamames, son ganadas por los imperiales, y me refiero, entre muchas a Somosierra, Molins de Rey, Uclés, La Coruña, Valls, Medellín, María, Belchite, etc. y Ocaña. Es entonces cuando los franceses penetran en todos los rincones de la Península.

¿Y por qué nos cuenta todo esto?, se preguntarán Uds. ¿Qué tienen que ver todos estos sucesos y acciones con el bloqueo de Cádiz? Miren Uds.: En las batallas se peleaba durante unas horas, a veces unos días. Luego, perdida la posición, los franceses con la ayuda, como no, de los afrancesados y también de los juramentados, camparon por sus respetos, hicieron y deshicieron y doblegaron a la mayor parte del país.

En Zaragoza, en Gerona, en Badajoz, etc. tras valerosa resistencia, las plazas fueron tomadas y el sacrificio, heroico sin duda, no sirvió para nada.

Si Bailén representó un ejemplo para España y para Europa, Cádiz fue la prueba contumaz de voluntad en el esfuerzo, de firmeza en el empeño, de perseverancia, de entereza, de constancia, de obstinación, de tenacidad, de tozudez, de fe en la victoria. Meses después de la famosa batalla, el ejército imperial arrasó las Andalucías con una superioridad que ofendía. Sin embargo, Cádiz, tras dos años y medio de sitio no pudo ser tomada por los galos, de manera que afamados y otrora victoriosos mariscales como Sout y Victor, se marcharon sin poner los pies en nuestra tierra.

Por eso lo cuento y lo recuerdo: porque durante dos años imperó en nuestra patria la corrupción, las revueltas, los tumultos, las renunciaciones, las dejaciones, las deserciones, las bajezas, las derrotas, las humillaciones, las traiciones, las felonías, el desgobierno... Eso hace más meritorio nuestro sacrificio, nuestra grandeza, nuestra generosidad y nuestro patriotismo.

He mencionado antes a Ocaña. Todo empezó en Ocaña. El 19 de noviembre en esta ciudad toledana el mariscal Sout, el general Jean de Dieu Sout, venció al, considerado por todos los historiadores, inepto general Juan Carlos de Areizaga y el

camino para la conquista de Andalucía quedó expedito. El ejército francés destinado a esta campaña se instaló, a la espera de órdenes, en Santa Cruz de Mudela, al borde de Sierra Morena.

Ante la inminente invasión, la Junta Central decreta su traslado de Sevilla a Cádiz, más concretamente, a la Isla de León. Se organizan revueltas en la capital andaluza de las que son acusados D. Francisco Palafox y el conde de Montijo.

Dos meses después de su victoria en Ocaña, el 20 de enero de 1810, los franceses se ponen en movimiento iniciando así la tan ansiada invasión de las Andalucías. Toman las plazas de La Carolina, Andújar y, esta vez sin resistencia, Bailén. El 23 de enero, el general Sebastiani entra en Jaén y el mariscal Victor lo hace en Córdoba.



Los mariscales Sebastiani y Victor, artífices de la conquista de las Andalucías

A partir de aquí los acontecimientos se precipitan: en la madrugada del 24, casi a hurtadillas, la Junta Central se retira, sale corriendo, diría yo, de Sevilla a la Isla, organizándose en aquella capital un motín que tratan de apaciguar los generales de la Romana y Eguía, formando parte de un nuevo y efímero gobierno.

Mientras tanto, en pocos días el general Sebastiani entra en Jaén, Granada y, finalmente, en Málaga. Todas estas ciudades son vejadas y sus habitantes salen mal


parados en la moral, en la libertad y en la economía, ya que los impuestos extraordinarios de guerra llegaron a ser insoportables.

Hoy no toca hablar de la política de entonces, la cara más noble, insigne, preclara y digna de nuestra historia, de la historia de la Isla, sino de la defensa del gobierno, de la patria y de los españoles, no por ello menos noble y digna. Pero sin duda, tendremos que rozarla. La Junta Central, malparada y en entredicho, nombra un Consejo de Regencia antes de disolverse. Cádiz designa una nueva junta de Defensa y mantiene como gobernador de la ciudad y Presidente de dicha junta al general D. Francisco Venegas.

El 1 de febrero, Victor entra en Sevilla, repitiéndose las tropelías, crueldades, atrocidades y vejaciones de las otras ciudades andaluzas. Esta bella ciudad cautivó al mariscal que decidió descansar en ella un par de días. Grave error que siempre lamentaría.

El 2 entran en la Isla las primeras avanzadillas del ejército de Extremadura mandado por el duque Alburquerque que, desobedeciendo las órdenes, por imposibles de cumplir, del general Areizaga, tomó la dirección Sur con la intención de proteger Cádiz, donde presumía se habría refugiado el Gobierno.

El 4 entra el grueso de este ejército, maltrecho, cansado, hambriento, destrozado por la larga y forzada marcha. Tanta hambre traían hombres y animales que, entre el alborozo del pueblo, tuvieron que ser asistidos por el público que les aclamaba; y los caballos, dicen, llegaron a comerse la corteza de los árboles en que fueron atados. Sin embargo, feliz marcha que fue la salvación de la patria. ¿Qué hubiera pasado si el duque no hubiera tomado aquella decisión? Aunque no sea muy científico, creo, y así lo creen también la mayoría de los historiadores, que Cádiz hubiera capitulado. Pero esto, en definitiva, sería especular. Lo cierto es que la llegada de este ejército, entre 12.000 y 15.000 hombres, y las decisiones que inmediatamente tomó el general D. José María de la Cueva, fueron decisivas para la defensa de las Islas.



El duque de Alburquerque llegó a tiempo de defender Cádiz y la Isla obligando a los franceses a plantear el sitio.

Todos los historiadores coinciden en valorar la proeza. Esto es lo que dice, entre otros, el general Gómez de Arteche: “A ese ejército se debió el que no cayese Cádiz en poder de los franceses y, así, la salvación de un punto que por su posición privilegiada llegó a ser el centro de la defensa nacional... tabernáculo de su independencia y fuente de sus nuevas leyes, el corazón, en fin, de la Patria. Nunca agradecerán bastante los españoles –y pongo especial énfasis en esta última frase– el arranque generoso de tan eximio patriota... de una valentía y de una habilidad militar bien acreditadas”..

Inmediatamente se afanó el duque en organizar las tropas de defensa, reforzar las fortificaciones y baterías, asumir el mando político-militar de la zona y de la capital y relevar al general Venegas como presidente de la Junta de Defensa de Cádiz. Poco le duró el reconocimiento y pronto la Junta, compuesta en su mayoría por comerciantes, interesados más en salvaguardar sus intereses que en salvar a la Patria, levantaron calumnias contra el joven general que quizás por eso, por joven, no afrontó con la dureza que merecían las acusaciones.

El duque renunció a sus cargos y pidió a la Regencia su relevo y traslado a algún punto lejano de tamañas infamias por lo que fue destinado como embajador extraordinario a Londres. El general se defendió de las acusaciones en un Manifiesto donde se lamenta, vehementemente enojado y entristecido, de las injustas e interesadas imputaciones de que fue objeto. «Es intolerable –decía– la acusación contra un general que gracias a las tropas que ha mandado, ha tenido la fortuna de haber escarmentado para siempre a los enemigos de su Patria». «El general a quien maltrata la Junta –insistía– no debe sus grados militares ni a la revolución ni a favores, sino a las campañas del año 95 y a las de la guerra actual». «Pero un general

injuriado en público —se lamentaba atormentado y dolido—, no es decoroso que permanezca al frente de su ejército, sin dar una satisfacción, igualmente pública, de su conducta».

Las arteras, mezquinas y viles acusaciones hicieron mella en la estabilidad emocional del general que día a día se fue degradando en su intelecto atormentado por la infamia y el trastorno psico-físico que le fue abatiendo hasta caer en una grave y profunda depresión que le llevó a un fatal desenlace acompañado entonces por sólo unos pocos allegados y amigos, entre los que se encontraba un también admirado personaje: José María Blanco White.

Murió el duque en Londres el 18 de febrero de 1811, un año después de su heroica entrada en la Isla, a los 35 años de edad, víctima de la incomprensión y envidia de muchos españoles que tantas veces denostamos de los hombres íntegros e incorruptibles. Creo, ya lo dije en esta misma casa no hace mucho tiempo, que nunca reconocerá suficientemente la Isla, Cádiz, y España, la gesta de un hombre valiente, esforzado y decidido que salvó a la patria y al Gobierno, sin cuya aportación, de seguro, la Historia hubiera sido otra.

No hace mucho un muy querido amigo, colega e investigador me facilitó unos datos que yo desconocía: En 1820 se acordó por el Cabildo de esta ciudad levantar en la cabecera del Puente Suazo una placa sobre pedestal que elogiara la figura del insigne general. Ignoro por el momento las razones por las que no se realizó el proyectado monumento, pero estamos a tiempo de subsanar tamaña injusticia hacia un hombre íntegro, valiente e ilustre que merece ser reconocido por los tiempos venideros.

Pero continuamos con nuestro sitio y nuestra defensa. Al día siguiente 5 de febrero, llega Victor a las puertas de la Isla y, al encontrarse el paso cortado, se instala en El Puerto de Santa María. El mariscal Victor venía al frente del 1^{er} cuerpo de ejército compuesto, aparte del Estado Mayor que mandaba el general de brigada Sémellé, de cuatro divisiones mandadas por los generales Francois Ruffin, Augustin

Darricau, Eugenero Casimir Villatte y Victor Latour-Maubourg que se distribuyeron por las localidades de El Puerto de Santa María, Jerez, Puerto Real, Chiclana, Conil, Medina y Arcos. Las fuerzas totales de este ejército destinado a bloquear Cádiz y la Isla estaban compuestas por más de 16.000 combatientes, aparte mandos y fuerzas auxiliares.

Por su parte, la capital estaba defendida por los regimientos de Irlanda, de Zaragoza y el de Órdenes Militares y la Isla principalmente por fuerzas de marina y de infantería de marina al tiempo que se creaba la Legión Real de Marina al mando del brigadier Serrano Valdenebro.

A estas fuerzas se sumaron las del ejército de Extremadura, compuesto por los siguientes cuerpos: Campo Mayor, Imperiales de Toledo, 1º y 2º de Guardias Españolas, Granaderos de Canarias, y los de Fernando VII, Guadix, Sigüenza, Antequera, 1º y 2º de Sevilla, Valencia de Alburquerque, batallón de Estudiantes de Toledo, 1º y 2º catalanes, el de Guardias Walonas y otros trozos de cuerpos sueltos en cuanto a Infantería.

La Caballería, al mando del general D. José de Lardizábal, acompañado de los también generales Latorre y Polo, la componían los cuerpos de Calatrava, Borbón, Voluntarios de España, Lusitania, Cazadores de Montaña, de Sevilla, Carabineros Reales y, asimismo, otros cuerpos sueltos recogidos en el camino.

Una vez organizada la defensa, el cuadro de mandos militares fue el siguiente: Capitán General de la Provincia y Costa de Andalucía, General en Jefe del Ejército de Operaciones y Gobernador Militar y Político de Cádiz, el citado general duque de Alburquerque; como Segundo Jefe en el gobierno militar y político, el mariscal de campo don Andrés López y Sagastizábal; como Comandante General de la Isla de León, el brigadier don Pedro Agustín Girón, marqués de las Amarillas; como Comandante General de Artillería, el mariscal de campo don Gregorio Rodríguez y Campo; como Jefe de Artillería de la plaza de Cádiz, el brigadier-coronel don

Francisco Javier Fernández; y como Segundo Comandante de Artillería en Cádiz, el coronel don Manuel de Llano y Nájera.

Por la parte de Marina, los siguientes: Don Juan Joaquín Moreno y D'Honthier, como Comandante General del Departamento; como Jefe de la Escuadra del Océano, don Juan María de Villavicencio y de la Serna; como Gobernador Político Militar de la Isla, el brigadier don Diego de Alvear y Ponce de León; y como Jefe de la Escuadra sutil en la Bahía, el general don Cayetano Valdés, auxiliado en los caños por el jefe de escuadra don Juan de Dios Gómez Topete.

La dirección militar de la defensa fue variando con el paso de los meses, pero lo obviaremos porque sería prolijo su relación y nombramientos. Sin embargo sería injusto no hacer mención de tantos soldados que se esforzaron en la defensa de Cádiz y la Isla: los generales: Blaque, Zayas, Wittinghan, el príncipe de Anglona, el duque del Parque, Lapeña, Eguía, Lacy, Copóns, etc., mariscales de campo, brigadieres, jefes de escuadra, coroneles, etc. y tantos otros además de los jefes defensores de los castillos repartidos por toda la Bahía, quienes codo a codo con los oficiales y soldados de sus cuerpos combatieron al francés con todas sus fuerzas.

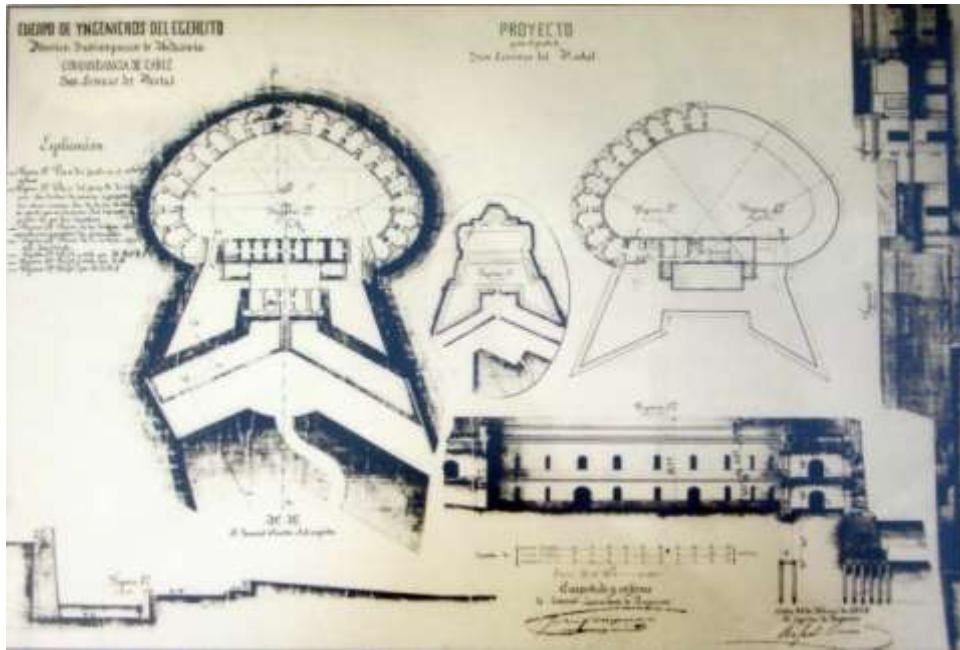
Mención aparte merece el general de Artillería don Martín García-Arista y Loygorri, que fue llamado a Cádiz por la Regencia en junio de 1810 para que se hiciera cargo interinamente del mando superior del cuerpo de Artillería que defendía Cádiz. En agosto de 1812, poco antes de que se produjera la retirada de los franceses, fue nombrado General en Jefe de las tropas de la Isla de León. Otro ilustre personaje al que tampoco la historiografía le ha hecho justicia aunque no son pocos los historiadores que atribuyen al buen hacer de este general el hecho de que los franceses no tuvieran el éxito esperado en el sitio impuesto a las islas gaditanas.

No debemos olvidar lo importante que fueron los cuerpos de voluntarios en los que se alistaron la mayoría de los vecinos de Cádiz y la Isla. En esta última fueron de vital importancia el cuerpo de Escopeteros Salineros que mandaba el propietario D. Cristóbal Sánchez de la Campa, valiente y esforzado en la lucha contra el francés.

En Cádiz fueron varios los cuerpos formados: Artilleros Voluntarios, Milicias Urbanas, Voluntarios Distinguidos de Línea, Infantería Ligera, Voluntarios de Extramuros, Cazadores, etc. que corriendo el tiempo verían reflejadas en sus uniformes las clases sociales de su procedencia, descritos magistralmente por Rafael Comenge: «A los cuatro batallones de línea –dice–, que iban vestidos con uniformes rojos, los llamaron *guacamayos*; a los batallones de infantería ligera, que usaban cananas en vez de cartucheras, les apellidaron *cananeos*; a los voluntarios reclutados en los barrios de Puerta de Tierra y extramuros, que adoptaron como distintivo el color verde, *lechuguinos*; al regimiento de artillería, formado de cargadores del muelle y mozos de cuerda, cuyo uniforme ostentaba los colores rojo, morado y verde, *obispos*; a una modesta infantería de voluntarios, *perejiles*, y a la milicia urbana, compuesta de pacíficos vecinos, que vestían largo levitón negro y cuello encarnado, *pavos*. Hasta los curas y frailes se prestaron a alistarse como voluntarios.

Para hacer justicia de un magnífico trabajo de investigación encabezado por D^a Isabel Bahamonde y apoyado en todo momento por la Asociación de vecinos de San Lorenzo del Puntal con su presidente, D. José Manuel Hesle al frente, he decir que recientemente se han publicado y grabado en una placa conmemorativa los nombres de los voluntarios de Puntales que defendieron entre 1810 y 1812 aquel punto bajo las órdenes de D. José Macías y García de Santaella, comandante del castillo y jefe de la compañía de artilleros voluntarios de San Lorenzo del Puntal, formada por un total de 107 personas (100 eran beduinos –o sea, lechuguinos y perejiles– y siete eran guacamayos del casco histórico) a los que había que sumar la infantería y la milicia haciendo un total de ciento cincuenta personas.

El castillo de Puntales, convertido hoy en base naval, soportó los embates de la artillería francesa con toda su crudeza como defensa más cercana a la costa de levante de la bahía, donde se acercan amenazadoras las puntas en las que se asentaban el castillo de Matagorda y el fuerte de San Luis, por lo que fue un puesto fundamental en la defensa de las islas gaditanas.



El fuerte de Puntales, punto crucial en la defensa de las islas

Además de los anteriores citados defensores, se encontraban en Cádiz fuerzas auxiliares anglolusitanas bajo el mando del general William Stewart, sustituido después por el general Graham, cuyo número ascendía a 5.000, encargándose de la defensa de las obras exteriores entre las que se contaban las ruinas del fuerte de Matagorda que los ingenieros británicos y españoles decidieron mantener, aunque sin éxito, con objeto de evitar que las ocuparan el enemigo.

Por otra parte, la ciudad de Cádiz, temerosa y prevenida desde antiguo de ser atacada por el mar, estaba bien defendida. Sin embargo conocía el aforismo que dice que «las plazas marítimas se toman por tierra». Por eso, la Isla, como antemural de la capital, cumplió sobradamente con su cometido de invalidar dicho aforismo.

Por ello, Cádiz, se rodeó desde tiempo atrás, al estilo de las plazas fuertes renacentistas italianas, de una muralla con amplio adarve para colocar artillería y aprovechando los salientes naturales para construir castillos, baluartes, semibaluartes y rebellines que impidieron repetidamente su expugnación.

En la parte central de comunicación con el istmo, la puerta de Tierra con dos cuarteles en el interior, el de San Roque y el de Santa Elena, protegida además por un

profundo foso. En el lado Norte los castillos de San Sebastián y de Santa Catalina, considerado éste como ciudadela de Cádiz. Por el lado del Atlántico, los baluartes de los Mártires, de Capuchinos y de San Rafael. Por el lado de la bahía el baluarte de la Candelaria, las baterías de Bilbao y de Bonete y los baluartes de San Felipe, San Carlos, Aduana y de los Negros. Más al Sur el castillo de San Lorenzo del Puntal o Puntales. Cerrando el anillo, el castillo y cortadura de San Fernando. En el lado de enfrente de la bahía los castillos de Santa Catalina del Puerto, el de Matagorda y el fuerte Luis.

Es de todos conocido que en la cortadura llamada de San Fernando de entrada a Cádiz se realizó un foso que se llenaba de agua con la pleamar formando una importante barrera al paso de un posible ataque enemigo, que, a su vez, se reforzó con toda clase de artilugios como rejas, balaustres y pasamanos, tarea en la que participaron todos los gaditanos.

La Isla, antemural de Cádiz, estaba defendida por la Carraca, el castillo de Sancti Petri y el foso natural que forma el caño del mismo nombre. Todo el territorio isleño se circuyó con innumerables baterías, baluartes y reductos de cuya construcción se había encargado previamente el jefe de escuadra D. Francisco Javier de Uriarte, quien reforzó sobre todo los aledaños del puente con las baterías de Santiago y San Judas y la del Portazgo y aspillerando asimismo las tapias que rodeaban el antiguo carenero y fábrica de lonas. Estas defensas estuvieron a cargo de los artilleros de marina al mando del brigadier D. Diego de Alvear que tuvo una destacada actuación militar y política durante todo el tiempo que duró el sitio.

Pero el mejor reducto, la mejor muralla, la mejor defensa fue sin duda, el terreno marismeño, inundado y dibujado por un sinnúmero de caños y saleros que los milicianos escopeteros salineros se encargaron de proteger y defender convirtiendo esta maravilla de la naturaleza en un infierno para las tropas imperiales.

Llegados a este punto y estando así las cosas, el día 6 de febrero Víctor envía a ciertos afrancesados a Cádiz con el objetivo de intimar a las autoridades a la

rendición. A esta misiva contestó escuetamente la Junta de Defensa de Cádiz: «La ciudad de Cádiz, fiel a los principios que ha jurado, no reconoce otro rey que el Sr. D. Fernando VII». Esta escueta nota fue escrita en el papel de un cigarro que se disponía a liar el vocal García de Salazar.



“La ciudad de Cádiz, fiel a los principios que ha jurado, no reconoce otro rey que al señor don Fernando 7º”

Y comienza el sitio. Unos para atacar con el objetivo de tomar la ciudad. Otros para defenderla. Un admirado y querido colega nos plugo a todos hace unos meses con los detalles y pormenores de los sitiadores. A mí, por el contrario, me toca hablar de los sitiados. El 9 de febrero hubo un intento francés de atacar el puente, pero las baterías del Portazgo y aledañas lo impidieron. Probablemente no tuvo más importancia que la de una escaramuza, pero lo cierto es que entonces comprendieron los imperiales que la toma de Cádiz no sería tarea fácil.

El 6 de marzo se desencadenó un formidable temporal que duró varios días y unos cuantos navíos quedaron a la deriva por la Bahía siendo cañoneados por la artillería costera. Los prisioneros franceses en las bodegas de estos buques aprendieron la lección que tuvieron ocasión de ponerla en práctica a mediados de mayo en que se repitió el huracán lo que aprovecharon los prisioneros del navío *Castilla*

sorprendiendo a los guardianes, soltando amarras y embarrancando en las costas de El Puerto de Santa María donde fueron acogidos con el júbilo consiguiente. A raíz de esto la Regencia dispuso que los restantes prisioneros fueran conducidos a la isla de Cabrera, muy vigilada por los ingleses.

En los navíos *Terrible* primero y *Castilla* después fue encarcelado el oficial boticario Sebastien Blaze de Bury, quien deja constancia en sus memorias de una de las páginas más negras y vergonzosas de la guerra: «Cada día –cuenta– nos daban una ración de pan y una escudilla de habas secas con arroz, cuando había a bordo. Pero a menudo faltaba el pan, las legumbres y el agua, de manera que pocas veces recibíamos lo prometido. Durante mi estancia en el *Terrible* nos faltó el agua en dos ocasiones durante cinco días seguidos. Tan sólo teníamos pan, alimento que no puede satisfacer una necesidad sin agravar otras. Algo de paja en la boca ayudaba a soportar las angustias de la sed, aún más espantosas que las del hambre».

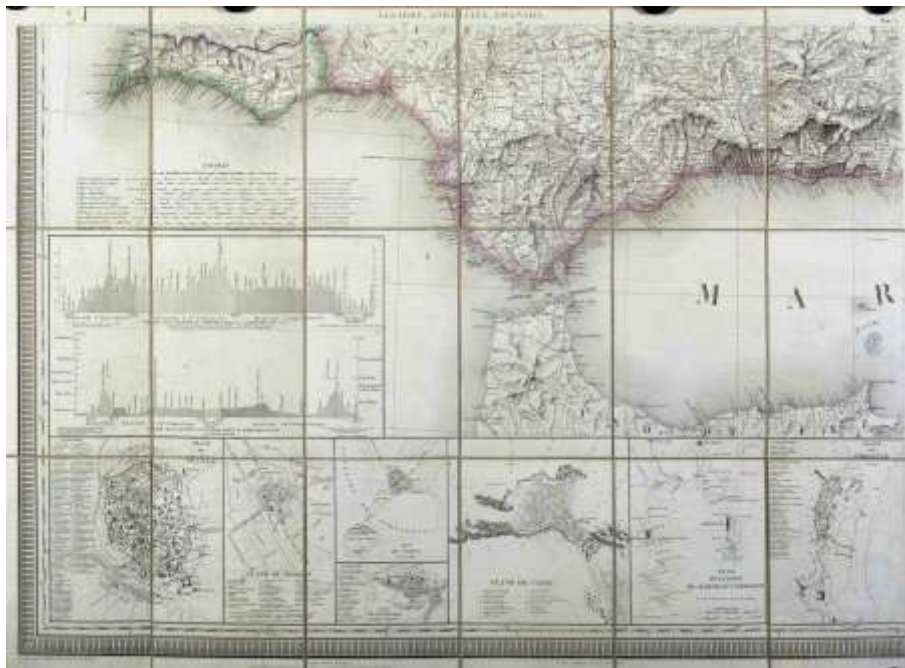
Durante el mes de marzo se acentúan las divergencias entre la Junta de Cádiz y el duque de Alburquerque, por lo que a finales de ese mes, la Regencia, para evitar males mayores, decidió enviar al duque, como dijimos anteriormente, a Londres, siendo sustituido en el mando del ejército de la Isla por el general D. Joaquín Blake.

Podría parecer que dos años y medio encerrados en este pequeño rincón no dan para mucho, excepto para aburrirse. Pero no fue así; nada de eso. En primer lugar porque las bombas que tiraban los fanfarrones no dejaban lugar al descuido. Por otro lado el hacinamiento, la aglomeración, eran excesivos; la vida había que hacerla en la calle. ¡Y vaya si se hizo vida social! La estancia del Gobierno, de la Junta, de la Regencia, de los diputados, de los funcionarios y dependencias ministeriales, etc. era atractivo suficiente para que unido esto a los soldados de los distintos cuerpos y armas, a los voluntarios, a los ingleses y portugueses, a los comentarios de las novedades diarias así de la guerra como de la política, daban colorido sobrado y distracción suficiente a los ciudadanos de Cádiz y la Isla.

Los regidores y comisionados locales no daban abasto para encontrar alojamiento a tan altas dignidades, para buscar y cocer pan al enorme número de personas aquí aglomeradas, para buscar armas, caballerías, pólvora, madera y tantos otros productos que, a pesar de los suministros que se proveían por mar, el bloqueo impedía disponer con normalidad.

Las operaciones militares se limitaban a estorbar a los franceses en la otra orilla de la Bahía. De ello se encargaban las fuerzas sutiles mandadas por D. Cayetano Valdés y por D. Juan Topete. El brigadier Alvear, lo hacía por tierra. De distraer y dispersar a las tropas francesas se encargaron fundamentalmente los generales Lacy, Zayas, Lardizábal y Copóns, a veces auxiliados por fuerzas exteriores al sitio como las del general Ballesteros, las del brigadier Serrano Valdenebro o las del coronel Abadía.

Para cumplir dichos objetivos, fueron mandados unos u otros tanto hacia el Este como al Oeste. En el condado de Niebla se consiguió, además de hostigar al enemigo, unir al ejército, recaudar caudales y liberar las comunicaciones entre tierra y la costa. En junio del 11 se organizó una expedición a Ronda vía Algeciras.



Las maniobras de distracción se realizaron al Este y al Oeste de Cádiz

El 22 de abril del 10, los franceses, al mando del mariscal Víctor, toman Matagorda, castillo no lejos de la costa del caño del Trocadero; los ingleses, lo defendieron tenazmente y sólo lo evacuaron en ruinas. Este castillo, alzado en la marisma, junto con los de San Luis y San José, situados en las tierras de la península del Trocadero, fueron los puntos más avanzados a los que pudieron llegar los sitiadores frente a Cádiz.

En septiembre de este mismo año 1810, poco después de instaladas las Cortes, D. Luis Lacy verificó una salida más allá del puente Suazo destruyendo algunas obras del enemigo y siendo la única operación notable en la isla gaditana practicada por el ejército hasta finales de 1810. Fue la llamada batalla del Portazgo.

Veamos a modo ejemplo el parte de operaciones del 4º ejército en que el general Lapeña avisa al también general Lacy sobre ciertas noticias de proyectos del enemigo en la línea del bloqueo de la Isla de León. Dice así: 1º Las miras del enemigo son abordar nuestras lanchas situadas en la Cantera y su dirección para esta empresa será por el caño que sale del Molino de Guerra a la Casería en marea viva; y en el caso de no poder por dicho punto será por la Marquilla de Puerto Real. // 2º Téngase particular cuidado que, en el momento de cualesquiera ataque, no sea falso sobre las lanchas y verdadero a la Carraca por la boca chica. // 3º Que se cuide mucho de las salinas sobre cuyos puntos piensa el enemigo más que nunca, etc.

La cantidad de documentos sobre los partes diarios de las intervenciones, planes de defensa y ataque, fortificaciones y espionaje ejercitado sobre el enemigo son innumerables y los estamos recopilando para publicar un próximo trabajo y estudio sobre estas operaciones.

El 26 de octubre de 1810 ocurrió un hecho de trascendental importancia que afectó a la moral de las tropas francesas que sitiaban Cádiz y la Isla: la muerte violenta del general de artillería Alejandro Antonio Hureau, barón de Senarmont, quien junto con otros dos oficiales, el coronel Dejennes y el capitán Pirondelle fueron abatidos cuando se encontraban inspeccionando el fuerte de San Cristóbal, frente al castillo de

Sancti Petri, por una bala de cañón disparada desde la batería de Urrutia situada al otro lado del caño. La bala decapitó al general e hirió de muerte a los dos oficiales a quienes se le hicieron honores de guerra en la ermita de Santa Ana, donde se instalaba el cuartel general del ejército francés. Del general dijeron los franceses: «Murió ese hombre, orgullo del hombre».

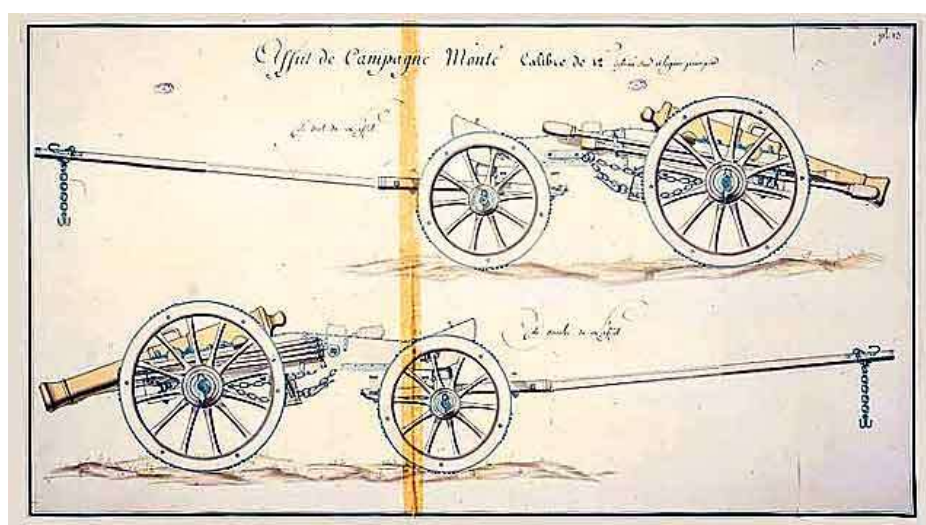
El 29 de enero de 1811 D. Antonio Begines de los Ríos al mando de la 1ª división del 4º ejército, rechaza a los franceses en Medina Sidonia, auxiliado por el mayor inglés Brown, gobernador de Tarifa, el cual apoyó la maniobra avanzando hacia Casas Viejas.

En febrero de este año, el mariscal Soult se había llevado un número considerable de efectivos al frente portugués y Victor se mostraba lógicamente inquieto al quedar bastante desprotegido ya que en el supuesto de un ataque por retaguardia sólo podría contar con la ayuda de Sebastiani, también bastante disminuido por la misma razón que su colega, y a varias jornadas de marcha. La guarnición defensora, por el contrario, había aumentado considerablemente con las tropas de Copóns regresadas de Portugal y los ocho batallones y medio de tropas escogidas del general Graham incluyendo dos escuadrones de Húsares de la Real Legión Alemana.

El 5 de marzo un ejército angloespañol al mando del general Lapeña, se enfrenta a las tropas francesas en los pinares de la Barrosa, con victoria inaprovechada de los nuestros que hubiera supuesto el levantamiento del sitio, pero quedando a la postre las cosas como estaban. Las causas fueron el mal entendimiento de los generales Lapeña y Graham. Desgraciadamente, el desarrollo y detalles de esta importante batalla no tienen su tiempo en una conferencia como la que hoy nos ocupa.

Al día siguiente 6 de marzo, aprovechando el desconcierto francés, las fuerzas sutiles del almirante Valdés con ayuda de los ingleses, desembarcan en El Puerto de Santa María con el único objetivo de incordiar al enemigo y destruir instalaciones militares.

Para resarcirse de la derrota de Chiclana, el mariscal Victor mandó intensificar los bombardeos sobre Cádiz. De ello se encargaron los generales Dedón y Ruty y el coronel Vilantroys quienes finalmente no consiguieron los efectos deseados, conformándose con el deterioro moral que dichos bombardeos podría causar entre la población civil de las plazas sitiadas, contestando los gaditanos, más que con el miedo, con coplillas jocosas y chispeantes. Años después, un capitán de artillería dijo mostrando una de las granadas lanzadas sobre Cádiz: «Con esta clase de piezas quisieron los franceses bombardear Cádiz y sólo lograron hacer... mucho ruido».



Cañón de campaña de 12 lb.

Y como de lo que se trataba era de mantener al ejército francés ocupado lo más lejos posible de la línea del sitio, la Regencia decidió enviar una expedición de diversión a la desembocadura del río Tinto, de lo que se encargó el general Zayas. Dicha operación, que también tenía por objeto distraer fuerzas, aunque por entonces se desconocía la pérdida de la plaza de Badajoz, sometida a sitio durante largos meses. Esta operación no tuvo el éxito que hubiera sido de desear, debido a la descoordinación entre dicho general Zayas y el general Ballesteros.

El 20 de diciembre de 1811, los franceses, a las órdenes del general Leval, obligan al general Copóns a meterse dentro de Tarifa, comenzando las labores de sitio a dicha ciudad. Un cruento y difícil enfrentamiento que duró hasta el 5 de enero en que Victor, vencido por la imposibilidad de romper brecha y por las inclemencias del

tiempo, ordenó la retirada. La gesta de Tarifa y de Copóns fue recibida con alborozo en Cádiz.

El 1 de junio del 1812 se produce la acción de Bornos en la que el general Ballesteros vadeó el Guadalete y acometió a los franceses en Bornos mismo. D. Francisco Ballesteros se encargó durante todo el tiempo del sitio de molestar a los franceses a lo largo de la serranía de Ronda, lo que tuvo ocupada a una gran parte de las fuerzas enemigas.

Y si todo empezó en Ocaña, podemos decir que terminó en Ciudad Rodrigo, con la batalla de los Arapiles en que lord Wellington vence al mariscal Marmont. Ello obliga al rey José a abandonar Madrid y los franceses comienzan en agosto a levantar el sitio de Cádiz que lo abandonan, tras dos años y medio de bloqueo, el 25 de ese mes. Soult y Victor, mariscales de fama y prestigio, abandonaron sus aviesas intenciones, liaron sus petates y enseñaron sus espaldas a los defensores, sin haber pisado suelo gaditano.

Entre tanto, bajo las bombas enemigas, a pesar de las calamidades, hacinamiento, enfermedades y todo tipo de penalidades, en nuestra tierra se nombró un Consejo de Regencia y se convocaron Cortes que se instalaron, entre el alborozo popular y la alegría general, en nuestro pueblo.

Las Cortes declararon la constitución legítima de las mismas y la soberanía nacional, la separación de los tres poderes, la libertad política de la imprenta, prohibieron las vejaciones y torturas, decretaron la libertad de comercio, incorporaron los señoríos jurisdiccionales a la nación, abolieron los privilegios, suprimieron la pena de horca, proclamaron indultos civiles y militares, abolieron el tribunal de la Inquisición, y tantas otras órdenes y decretos que llenaron de dignidad, inteligencia y legalidad a las Cortes de Cádiz

Por su parte, el capítulo I de la Constitución decía que la Nación española es la reunión de todos los españoles, que es libre e independiente y que no puede pertenecer a ninguna familia ni persona, así como que está obligada a conservar y

proteger por leyes sabias y justas la libertad civil, la propiedad y los derechos legítimos de los individuos que la componen.

No sólo se dictaron leyes y se aprobó y promulgó, por primera vez en España, una constitución, sino que tras los aciagos acontecimientos que contábamos al principio, los españoles se sintieron libres, no sólo de los franceses, sino también de las ataduras serviles del pasado. ¡Y hay quien pone en tela de juicio el valor de las Cortes de Cádiz, del trabajo realizado en Cádiz y la Isla en la formación de la Nación y de la España Contemporánea! Esta otra historia, sin embargo, si las autoridades competentes lo estiman oportuno, tendrá cabida, como dijimos al principio, en otro momento.

Volviendo a nuestro titular, diremos que el joven general, ya difunto, no pudo ver la culminación de su obra de defensa de la Isla, de Cádiz y de España porque la envidia, la desesperación y la enfermedad se lo impidieron. El fracaso de Napoleón frente a Cádiz comenzó con los aciertos de Alburquerque en la Isla dos años y medio antes. Ahora sí que podríamos decir: “Aquí estuvo aquel hombre, orgullo del hombre”.



Este joven general inició en febrero de 1810 el fracaso de Napoleón frente a las islas gaditanas

Para terminar, permítanme una pequeña licencia poética: Como la gente de la Isla es bien nacida, –parida entre la sal y el sol, entre caños y salinas, entre vientos y mareas, entre baupreses y candrais, entre caracolas y sirenas... escuchando siempre el son de la ola besando la arena– no me cabe duda que tarde o temprano sabrá reconocer la importante y heroica gesta de un general honrado y valiente que salvó a España del tirano de Europa. Este fue don José María de la Cueva y de la Cerda, XIV duque de Alburquerque.

San Fernando, a 20 de enero de 2009.

Jaime Aragón Gómez,
Historiador.